[Otras ediciones en: *Gerión* 9, 1991, 263-288 (también en J.M.ª Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid 1998, 166-199). Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa*, corregida y actualizada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.]
© Texto, José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Aspectos de la sociedad romana del Bajo Imperio en las cartas de San Jerónimo (I)

José María Blázquez Martínez

[-263→]

Es bien sabido que las cartas de Jerónimo [1] son una pintura realista de la sociedad romana del Bajo Imperio, en la que el monje de Belén le tocó vivir. En ellas fustiga sin compasión los vicios de los más variados estamentos sociales, **[-263→264-]** damas de la alta sociedad, sacerdotes, monjes, obispos, etc., y de una gran cantidad de datos de todo tipo sobre tortura, educación, ascetismo, modo de trabajar los intelectuales, viajes, etc. Es probable que Jerónimo haya cargado las tintas oscuras en la pintura, pero a mi entender no mucho, ya que los datos que se pueden espigar en las cartas coinciden con los de otros autores eclesiásticos contemporáneos, como Salviano de Marsella. La correspondencia comprende el período entre los años 374 hasta su muerte, acaecida en 420. El *corpus* epistolar de Jerónimo comprende 154 cartas, de las que algunas se deben a otras personas, que se cartearon con Jerónimo. El

[1] Se usan las ediciones de las cartas de Jerónimo de S. Cola, *San Girolamo, Le lettere* I-IV, Roma, 1983, J. Labourt, *Saint Jérôme. Lettres* I-VIII, París, 1982, 1963. D. Ruiz Bueno, *Cartas de San Jerónimo* I-II, Madrid, 1962. Las traducciones son de este autor, a veces retocadas. Sobre el Bajo Imperio en general: P. Brown, *The World of Late Antiquity*, Londres, 1971. A. Chastagnol, *La fin du Monde Antique*, París, 1975. Idem, *L'évolution politique, sociale el économique du Monde Romain*, París, 1982. A. Giardina et alii, *Società romana e Impero Tardoantico*, I-IV, Bari, 1986. E. Stein, *Histoire du Bas-Empire* I-II, París, 1968. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire* (*284-602)*, Oxford, 1969. S. Mazzarino, *Aspetti sociali del quarto secolo. Richerche di storia tordo-romana*, Roma, 1951. R. Remondon, *La crise de L'Empire Romain de Marc-Auréle à Anastase*, París, 1959. J. Vogt, *The Decline of Rome. The Metamorphosis of Ancient Civilisation*, Londres, 1969.D. Walser – Th. Pekary, *Die Krise des römischen Reiches*, Berlin, 1962. M. A. West, *Das Ende des Kaisertums im Osten des römischen Reiches*, Gravehhage, 1967, W. Seyforth, *Soziale Fragen itr spätrömischen Kaiserzeit im Spiegel des Theodosianus*, Berlín, 1963. F. W. Walbank, *The Decline of the Roman Empire in the West*, Londres, 1946. F. Paschound, *Roma aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Neuchâtel, 1967. A. Piganiol, *L'Empire Chrétien*, París, 1972. Varios, Passagio del mondo antico al medioevo. Da Teodosio a San Gregorio Magno, *Atti dei convegni Lincei* 45, 1980. Varios, *Saint Martin et son temps*, Roma, 1961. J. M. Blázquez, *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella*, Madrid, 1990. M. Mazza, C. Guiffrida y otros, *Le transformazioni della cultura nella Tarda Antichità* I-II, Catania, 1985. M. Mazza, *Le maschere del potere. Cultura e politica nella Tarda Antichità*, Nápoles, 1986. A. González Blanco, *Economía y sociedad en el Bajo Imperio, según San Juan Crisóstomo*, Madrid, 1980. Y. Courtonne, *Saint Basile et son temps*. París, 1973, p. 507 y ss. Sobre la cuestión social en San Ambrosio: L. Cracco Ruggini, Ambrogio di fronte alla compagine sociale del suo tempo, *Ambrosius episcopus. Atti del Congresso Internazionale di Studi Ambrosiani nel XVI Centenario de la elevazione di Saint'Ambrogio alle Cattedra episcopale, SPM* 6, Milán, 1976, p. 280 y ss. J. R. Palanque, *Saint Ambroise et l'Empire Romain. Contribution à l'histoire des rapports de l'eglise et de l'état à la fin du quatrième siècle*, París, 1933, p. 336 y ss. J. M. Blázquez, Problemas económicos y sociales en la vida de Melania la Joven y en la Historia Lausiaca de Paladio, *MHA* 2, 1978, p. 103 y ss. Idem. *Nuevos estudios sobre la romanización*, Madrid, 1989, p. 145 y ss., p. 247 y ss., p. 451 y ss. Idem. *Aportaciones al Estudio de la España Romana en el Bajo Imperio*, Madrid, 1990. R. Teja, *Organización económica* v *social de Capadocia en el siglo IV, según los Padres Capadocios*, Salamanca, 1974. Sobre la mujer en la Antigüedad, G. Duby, M. Pierrot, *Storia delle donne, L'Antichità*, Roma-Bari, 1990. Sobre Jerónimo, I. N. D., Kelly, *Jerome, this Life, Writing and Controversies*, Londres, 1975.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

monje de Belén mantuvo correspondencia con gentes de las más diversas provincias del Imperio Romano, Hispania, África, Italia y Oriente, y estaba en su retiro palestino muy al corriente de todo lo que sucedía.

Se estudia en este primer trabajo alguno de los diferentes grupos que componían la sociedad, a fin de lograr un conocimiento más exacto de cada uno de ellos, tal como los describe Jerónimo. Se comienza por las mujeres, que se dividen en dos grupos: las damas de la alta sociedad romana y las mujeres consagradas a Dios, bien en sus casas, bien en conventos.

En este primer trabajo me centro en las damas seglares, en los monjes, clero, obispos y cristianos en general, dejando para una segunda parte estudiar el grupo ascético femenino en torno a Jerónimo, sus ideas, sobre el ascetismo cristiano y sobre la Iglesia en general y otros datos, de todo género, que es posible espigar en la correspondencia.

Lujo de las damas

Jerónimo ha dejado a lo largo de sus cartas datos muy concretos sobre el lujo escandaloso de las mujeres ricas y de su proceder en la sociedad romana contemporánea. Se refiere casi siempre a Roma. En carta a Eustaquia (*Ep*. 22,16) describe brevemente a ciertas casadas y viudas de Roma, ciudad que Jerónimo conocía bien por haber vivido en ella, primero a los veinte años —había nacido entre los años 340 y 350—, estudiante de gramática, retórica, filosofía y griego, donde tuvo por maestro al célebre Donato y a Rufino por compañero, y después entre 382 y 385, practicando el secretariado del Papa Dámaso, del que fue muy amigo. Afirma así de las casadas: «andan muy orgullosas con los honores de sus maridos, caminan rodeadas de manadas de eunucos. Sus vestidos van entretejidos de finos filamentos metálicos», y de las viudas: «Han cambiado el vestido, pero no el antiguo boato. Delante de sus sillas de mano marcha la caterva de eunucos. En sus carrillos arrebolados se distiende el cutis embutido de afeites y cualquiera pensara, no que han perdido al marido, sino que andan a caza de otro. Su casa está llena de aduladores y andan a banquete diario. Los mismos clérigos que debieran servirles de ejemplo e infundirles temor, se van a besar las cabezas de sus patronos y extendida la mano, cuando cualquiera que no esté en el asunto, pudiera pensar que van a echar la bendición, reciben la paga de su visita. Ellas, entre tanto, como ven que los sacerdotes necesitan de su ayuda, se hinchan de soberbia y porque prefieren la libertad de la viudez, como quienes han probado el señorío de los maridos, son llamadas castas y nonnas, y después de una cena opípara, sueñan con los apóstoles». En estos párrafos aborda Jerónimo varios puntos del **[-264→265-]** comportamiento de las damas de Roma, en los que después va a insistir continuamente, cuales son: el tránsito por las calles de las mujeres ricas, seguidas por una turba de eunucos, a lo que alude en una carta al noble Pammaquio, redactada en el año 397 (*Ep*., 66, 14), los maquillajes del rostro y el frecuentar banquetes, en los que las mujeres pasan muchas horas. Ammiano Marcelino (28,4, 34) censura también los excesos en la comida. El maquillaje consiste en pintarse la cara con carmín y los labios de colorete (*Ep*., 130, 7). En el segundo párrafo señala Jerónimo cierto tipo de relaciones de determinados clérigos con las damas ricas, tema sobre el que volverá el monje de Belén en esta misma carta (28). El clero se arrastraba ante el sexo femenino rico para obtener dádivas. Solteras y viudas pasaban igualmente el tiempo en banquetes. Jerónimo también insiste en que las damas ricas estaban rodeadas de aduladores (*Ep*., 22, 24). El corretear las vírgenes y viudas de casa en casa en busca de ser invitadas a los banquetes, era costumbre corriente, pues a ella alude de nuevo Jerónimo en esta misma carta (22, 29), y pone en guardia a su protegida contra este tipo de mujeres. Jerónimo ofrece datos muy concretos sobre el proceder femenino, ya que conoce magníficamente el mundo que describe. Así censura el hablar muelle y bajito a propósito, de modo que apenas se pueda entender (*Ep*., 22, 29). Sin embargo, Jeróni-

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

mo posa su atención en el atuendo femenino, que chocaba al asceta por su lujo y variedad. Lo describe varias veces en su correspondencia, con especial detenimiento (*Ep*., 22, 32): «Muchas tienen, escribe en la misma carta a Eustaquia, los cofres repletos de ropas, que cambian cada día, de túnica, y con todo eso no pueden acabar con la polilla. La que se da de más piadosa, gasta sólo en vestidos y con las arcas llenas, anda cubierta de andrajos. Se tiñe el pergamino de color de púrpura, el oro se liquida en letras, los códices se iluminan de joyas... Cuando alargan la mano, tocan la trompeta, cuando dan un ágape, alquilan un pregonero». Señala en este párrafo algunas de las características de estas damas: el número exagerado de vestidos, la hipocresía de otras de hacerse pasar por ascetas vistiendo pobremente, aunque tienen muchos vestidos, el decorado con oro de los pergaminos, que es otro de los aspectos y no el menos importante, del lujo, y la ostentación al hacer obras de caridad. Pasa Jerónimo a contar un caso concreto de esta ostentación y soberbia al actuar en público. En la basílica de San Pedro una noble dama romana, precedida de una turba de eunucos, en cuya compañía salían a la calle las damas ricas, repartía dinero a cada pobre, de su propia mano, para hacer ostentación de su riqueza y caridad. A una pobre que se reenganchó, le dio un puñetazo y quedó bañada en sangre. La limosna se hacía, pues, sólo para ser observada.

En carta a Marcela (*Ep*., 38, 4), escrita en el año 384, completa Jerónimo algunos datos sobre la toilette y el vestido femeninos, como que la viuda se engalanaba perdiendo muchas horas y todo el día se pasaba ante el espejo preguntándose qué detalle le faltaba a su belleza. Doncellitas esclavas le arreglaban los cabellos y con rizadores aprisionaban su inocente cabeza. La blancura misma de las plumas se le antojaba dura y apenas si podía echarse sobre un montón de colchones... Se pintaba la cara de albayalde... Los zapatos llevaban incrustaciones de oro, la igual que el ceñidor, adornado también por gemas.

Recoge San Jerónimo datos concretos en este párrafo sobre el atuendo femenino de la alta aristocracia romana. Al uso de rizadores para el pelo alude varias veces el monje de Belén. Se sabe por este párrafo que las damas pasaban **[-265→266-]** muchas horas arreglándose delante del espejo, o mejor dejándose arreglar por jóvenes esclavas. Datos interesantes son que los colchones de las camas eran de pluma y no de lana y que los ceñidores estaban adornados de oro y gemas. Jerónimo menciona con cierta frecuencia en sus cartas los vestidos de seda (*Ep*., 99,3; 66,14; 117,6). El uso de vestidos de seda era señal de gran distinción y lujo y se importaban del exterior del Imperio. Geroncio, en la *Vida de Melania la Joven* (4, 1, 9, 62), los menciona igualmente varias veces. Eran estos vestidos muy usados y costosos, pues, los recuerda como objetos de lujo. Descripciones parecidas del atuendo femenino son abundantes en la correspondencia de Jerónimo, como cuando se dirige a la niña Pacatula (*Ep*., 128, 3), como si fuera ya mayor: «frecuentas los baños, te luce el cutis, andas con mejillas muy coloreadas, nadas en riqueza, te vistes de preciosas ropas». El mejor comentario a estas descripciones de Jerónimo las vemos en los versos de Prudencio de su *Amartigenia*, obra escrita entre los años 398-400, que dedica al mismo tema (364-376): «Por qué la mujer, insatisfecha de su natural encanto, finge una externa hermosura, como si la mano del Señor, su artífice, le hubiera dado un rostro inacabado, que exija todavía algún otro detalle, ora sea embellecerlo en su altiva frente coronada de engastadas amatistas, ora ceñir su cándido cuello de collares fulgurantes, ora colgar a sus cargadas orejas pendientes de verdes esmeraldas. En sus cabellos, relucientes de perfumes, prende la blanca perla de las conchas marinas y con cadenitas de oro quedan sujetos los bucles de su cabellera. Produce asco detallar las sacrílegas desazones de las matronas que tiñen de afeites la obra engalanada con los dones de Dios, de forma que el cutis, manchado de colorines, pierde su natural aspecto y se hace irreconocible por sus falseados colores». Prudencio se fija exactamente en los mismos puntos que Jerónimo: uso de piedras preciosas de diferentes tipos, en los que coinciden, y en el maquillaje. Ya el apologista Tertuliano (*de cultu feminarum)* había condenado todas las

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

alhajas, sean de oro, plata, perlas o piedras preciosas. El maquillaje lo considera una prostitución. Prohibe el apologista el pintarse y teñirse el cabello: «Las que ungen su piel con pomadas, colorean sus mejillas de rojo y untan de negro sus ojos, pecan contra Dios». Jerónimo está en la misma línea de Tertuliano de prohibir que las damas cristianas lleven alhajas y afeites encima, pero nada consiguió en este sentido la Iglesia. Cipriano (*de laps*, 6) censura el afeite y el teñido. En otra carta (*Ep*., 130, 18) describe Jerónimo bien a las muchachas romanas: «Se engalanan la cabeza, dejan caer el cabello desde la frente, se pulen el cutis, usan jabones, llevan las mangas apretadas, los vestidos sin una arruga, y zapatos rizados». Este párrafo es una buena descripción del atuendo de la alta sociedad romana.

El uso de perlas en el boato femenino estaba muy extendido entre las damas de la aristocracia, pues a su empleo alude Jerónimo, como en la carta a Océano, del 400 (*Ep*., 77,5). Jerónimo, en carta a Demetriada (*Ep*., 7), cataloga las piedras preciosas más usadas, que eran perlas del mar Rojo, esmeraldas verdes, rubíes y jacintos azul marino.

En la carta 177, escrita en el año 405 ó 406, describe la vida mundana de algunas matronas, que se pintan los ojos con antimonio, costumbre a la que no había aludido en cartas anteriores; llevan una vida regalada, o sea mundana, como puntualiza el monje de Belén (*Ep*., 117, 46), pasean por las fincas de las afueras de la ciudad y disfrutan de las delicias de las villas en compañía de parientes, de **[-266→267-]** cuñados, y de gentes por el estilo. Jerónimo añade que irá a lo mejor en compañía del amante, y describe el tenor de vida: «Si vas sola, que es lo que yo más creo, sin duda andarás vestida de ropas pardas, entre criados adolescentes, entre mujeres casadas o casaderas, entre chiquillas retozonas, entre mozos peinados y vestidos de lino. Algún joven barbudo te dará su mano, te sostendrá si estás cansada, y apretándote con los dedos, o serás tentada o te tentará. Tendrás que asistir a un convite entre señores y matronas, esperarás los besos ajenos y manjares de antemano probados, y admirarás en los otros vestidos de seda y oro... Algún cantante hará resonar la mesa y entre las canciones que corren con dulce modulación, como no se atreverá a hacerlo a las mujeres casadas, te lanzará sus repetidas miradas, dado que no tienes quién te guarde. Hablará por señas y lo que tenga miedo de decir lo dará a entender por gestos de sentimientos».

Jerónimo añade algunos datos más a los anteriores; los vestidos de seda y oro deben ser damasquinados, los entretenimientos en las fincas, donde residía con frecuencia la aristocracia [2], en compañía de parientes, deudos y servidumbres, eran una manera de matar el tiempo. Una de las diversiones preferidas eran los banquetes, en los que se consumían grandes cantidades de carne y se bebía mucho vino. Los banquetes se amenizaban con música. A ellos seguía el baño.

El peligro, según Jerónimo, era perder la castidad. Datos nuevos en relación a cartas anteriores, son, la mención del acompañamiento de criados jóvenes, de casadas o casaderas, de muchachas retozonas y de mozos vestidos de lino. En esta ocasión Jerónimo (*Ep*., 117, 7) describe el físico, la actuación, el atuendo de la protagonista, puntualizando la descripción anterior con nuevos datos muy concretos sobre el atuendo femenino: «Los chapines mismos, negrillos y brillantes, con el crujido del andar, llaman hacia la muchacha a los jóvenes. Los senos se aprietan con cintas y con un ceñidor fruncido se recoge estrechamente el pecho. Los cabellos caen blandamente sobre la frente o sobre las orejas. La mantilla se desliza a veces para desnudar los blancos hombros, y como si no quisiera ser vista, esconde a toda prisa lo que descubrió de buena gana. Y cuando tapa en público, como por vergüenza, la cara, con ardid de burdel, sólo descubre lo que pudiera proporcionar más placer a la vista». Jerónimo

[2] A. Carandini y otros, *Filosofiana. La villa de Piazza Armerina. Immagine di un aristocratico romano al tempo di Constantino*, Palermo, 1982, p. 47 y ss. Se recogen datos muy concretos y numerosos sobre los espectáculos, las diversiones y el ocio de los latifundistas en sus fincas.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

traza en este párrafo una descripción realista de la virgen en el banquete. Menciona varias prendas femeninas y magníficamente alude a la coquetería femenina. Supone Jerónimo que la joven se maravilla de esta pintura tan realista y responde que se lo ha comunicado su hermano. En realidad, es el resultado de la fina observación de Jerónimo, que en algún momento de su vida llevó una vida desordenada y un tanto licenciosa. Su antiguo amigo Rufino, después su mortal enemigo, por la cuestión origenista, conocía, por propia confesión, la vida de Jerónimo, e incluso le amenazó con hacerla pública.

Jerónimo alude en su correspondencia al uso de piedras preciosas, de las que menciona varias: que eran muy queridas por las mujeres: «allí (en la tierra de Evilat) nace el carbunclo, y la esmeralda y las margaritas refulgentes, que tan ardientemente desea el lujo de las nobles mujeres», escribe a Rusticio en carta fechada en el año 411 (*Ep*., 125, 3). **[-267→268-]**

Lujo y proceder de las viudas

En otros párrafos (*Ep*., 127, 3) Jerónimo describe con trazos realistas el proceder de ciertas viudas paganas, que en líneas generales coincide con el lujo y comportamiento de muchachas y casadas: «Acostumbran a andar con la cara pintada de arrebol y albayalde, lucen vestidos de seda, resplandecen con piedras preciosas, llevan collares de oro, se cuelgan de las orejas horadadas las perlas más preciosas del mar Rojo y despiden fragancia de musgo. Se alegran de que por fin se ven libres del dominio de sus maridos y se echan a buscar otros, no para obedecerles, como Dios manda, sino para mandar ellas sobre ellos. Así, que los cogen pobres, para que tengan sólo nombres de maridos, aguanten pacientemente a los rivales y si musitan algo entre dientes, inmediatamente los echan a la calle». Además describe una vez más Jerónimo el atuendo femenino, de joyas y vestidos, tema al que retorna con cierto deleite en su correspondencia y siempre describiéndolo con las mismas características (*Ep*., 130, 4), vestidos de seda, compañía de eunucos y criados y frecuencia de banquetes; añade ahora algunos pormenores importantes, como son que las viudas ricas andan a la caza de nuevos maridos, que los eligen pobres, para poder dirigirlos a su capricho y esclavizarlos más fácilmente, y que si se quejan, los despiden.

El casarse con hombres de baja condición era costumbre muy generalizada, pues Jerónimo, en carta a la niña Pacatula (*Ep*., 128, 4), escribe: «Hay nobles mujeres que pudieran tener pretendientes aún más nobles y se juntan con hombres de bajísima estofa, y hasta míseros esclavos; y a veces fingiendo motivos religiosos y bajo sombra de continencia, abandonan a sus propios maridos». Esta costumbre era antigua. El obispo de Roma Calixto, antiguo esclavo, legalizó estos matrimonios dentro de la Iglesia. Estas uniones en secreto, para que no se hicieran públicas por la preñez, frecuentemente se borraban mediante abortos, tomando drogas o fajándose el vientre. Por todo ello, el primer antipapa, Hypólito, atacó violentamente a Calisto (Hypp. *Phil*., 12). Es interesante fijarse en el dato que recoge Jerónimo, de que algunas damas, por motivos de religión, abandonan a sus esposos, actitud condenada por el monje de Belén.

Peinado y alhajas

El mejor comentario a todas estas afirmaciones de Jerónimo sobre el lujo en las joyas y en el vestido de las damas ricas, lo suministra el arte. Baste recordar a la familia del *dominas* de Piazza Armerina (Sicilia), representada en un mosaico fechado entre los años 310-330 [3].

[3] W. Dorigo, *Pittura tardorromana*, Milán, 1966, 161, lám.XII. A. Carandini y otros, *op.cit*., 394, fig. 200. En otros mosaicos de esta misma villa ha quedado bien reflejado el lujo en las alhajas, y en el vestir, como «En el grupo de Ménades», fig. 26; «La dueña con su hijo», fig. 29; «Nereidas», figs. 158-165, 208-210, con anchísimos collares de piedras preciosas al cuello ancho y alto moño, pelo corto, brazaletes en brazos y muñecas y

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Las damas llevan telas pintadas con bordados, brocados o damasquinados. Se peinan con moño sobre la cabeza, como puntualiza **[-268→269-]** Jerónimo y se adornan con peinetas, collares de gruesas y anchas piedras preciosas y con brazaletes. La joya más preciada era el collar de piedras preciosas, que llamaba la atención por su anchura, como el que ciñe el cuello de la Nereida acompañada de un centauro marino, en el Mito de Arión, con muchos brazaletes lisos en los brazos y moño coronando la cabeza. El peinado parece un capacete, al que alude Jerónimo [4]. En el mosaico del cubículo de la escena erótica, varias damas, que acompañan a la pareja de amantes, peinan el cabello con el pelo recogido en una especie de capacete y alguna lleva una torre de pelo. Algunas ciñen el cuello con amplios collares y una con un collar del que pende un medallón [5]. Otras pinturas y mosaicos confirman este lujo. Baste mencionar el recuadro con una dama nimbada, coronada y con diadema, supuesta imagen de Elena, la madre de Constantino, con grueso collar de elementos circulares, velada, que saca un collar de perlas de un cofre [6], de época tetrárquica; o la orante con elegante peinado corto, pendientes circulares y doble collar, uno de ellos de finas piedras preciosas, y un segundo de piedras preciosas gruesas, del Cementerio de Trasore, en Roma [7]. Las pinturas de los cementerios de Roma han dejado buenas muestras del elegante peinado, de collares valiosísimos por el tamaño de las piedras, de los brazaletes lisos, de las muñecas y de las túnicas y mantos pintados, que deben ser brocados o damasquinados, generalmente van veladas, estas damas, como la virgen con el niño de la luneta del arcosolio de la cámara 5 del Cementerio Maius de Roma [8]; Dionysas de la cripta de los cinco santos del Cementerio de Calisto de Roma [9] o la orante del sepulcro de los orantes del mencionado cementerio de Trasore, con manto pintado con motivos vegetales y moño sobre la cabeza [10]. Estas pinturas son de gran valor, por confirmar las descripciones de Jerónimo sobre el vestido y las alhajas con las que se adornaban las mujeres romanas. De particular interés es el mosaico del *Dominus Iulius*, de Cartago, con villa en el que se representan damas con vestidos de lujo, collares del mismo tipo que los anteriores, por su tamaño y valor y peinados elegantes, con el pelo recogido en moño en la parte superior de la cabeza, sujeto por una banda [11]. Buenos ejemplos del peinado recogido a ambos lados y con moño en la parte superior, que probablemente es una peluca, también citada por Jerónimo, son la imagen de Serena, la sobrina del emperador Teodosio, del díptico de Estilicón, cónsul del año 400. Serena ciñe el cuello con dos collares de gruesas piedras preciosas [12], y un retrato de dama fechado hacia el año 400, con moño sobre la cabeza y el pelo corto, recogido en doble fila a los lados [13]. Este peinado y algunos otros mencionados ya son una buena confirmación de lo escrito por Jerónimo (*Ep*. 130, 7), que menciona las pelucas y los moños en forma de torre, muy usadas ambas cosas en este siglo, a juzgar por las representaciones femeninas. **[-269→270-]**

---

medallón entre los senos a veces; otras, el collar parece una barra maciza circular de oro, como en las figuras de Ambrosia, fig. 194, y de una Nereida, fig. 210. Los collares lisos y brazaletes eran barras circulares de oro.

[4] W. Dorigo, *op. cit*. 150, figs. 122-123.

[5] W. Dorigo, *op. cit*. 159, fig. 127.

[6] W. Dorigo, *op. cit*. 203, fig. 159.

[7] W. Dorigo, *op. cit*. 210, fig. 162.

[8] W. Dorigo, *op. cit*. 208 y ss. lám. XXI.

[9] W. Dorigo, *op. cit*. 199, lám. XXII.

[10] W. Dorigo, *op. cit*. 222, lám. XXIII.

[11] W. Dorigo, *op. cit*. 190 y ss., fig. 146.

[12] R. Bianchi-Bandinelli, *Roma. El fin del arte antiguo*, Madrid, 1971, p. 31, fig. 31.

[13] T. Kraus, *Das römische Welt-Reich*, Berlín, 1967, p. 263 y ss., fig. 333.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En la Península Ibérica ha aparecido un lote importante de medallones con retratos de mujeres jóvenes, en un mosaico de Pedrosa de la Vega (Palencia), fechado en época teodosiana. Los rostros femeninos expresan una gran distinción, elegancia y nobleza [14].

La doble vivienda

En la correspondencia de Jerónimo (*Ep*., 130, 19) es posible espigar algunos otros datos, como que algunas mujeres tienen otras casas para poder vivir más libremente, hacer lo que quieran, sin conocerse su género de vida. Una extraña costumbre es que cuando algunas señoras salían a la calle llevaban delante de ellas una criada virgen, ricamente vestida, costumbre, puntualiza Jerónimo (*Ep*., 130, 19), que es frecuente.

Relaciones sexuales. Anticonceptivos y aborto

Al referirse a la vida desordenada de ciertas viudas, Jerónimo (*Ep*., 22, 13) menciona los anticonceptivos y el aborto: «Otras toman de antemano bebedizos para lograr la esterilidad y matar al hombre antes de haber nacido. Algunas, cuando se percatan que han concebido criminalmente, preparan los venenos del aborto, y frecuentemente acontece que muriendo también ellas, bajan a los infiernos, reos de triple crimen». Este párrafo es importante por la mención del uso de los anticonceptivos por una cristiana para no concebir y de la práctica del aborto, que estaba muy extendida y que a muchas mujeres les costaba la vida. Los anticonceptivos fueron muy usados en el Mundo Antiguo. Se mencionan ya en un papiro egipcio, fechado entre los años 1200 a 1100 a. C., que cita tapones vaginales, untados con cola de acacia, miel y excrementos de cocodrilos, con el fin de matar el esperma. Aristóteles alude a ellos en su *Historia de los animales*, al igual que Plinio (20, 51, 142-143; 24, 11, 18), quien menciona una cocción de esencia de rosas y de aloes. El médico de época de Trajano, Sorano de Éfeso, en su tratado, que lleva por nombre *Gynecologia* (1, 38), dejó el mejor estudio de anticonceptivos, del Mundo Antiguo. Enumera tres preparaciones anticonceptivas. Advierte (*Gyn*., 1, 19, 60-63) que el uso de anticonceptivos puede ocasionar dolores de cabeza, molestias graves en el aparato digestivo y vómitos. Los productos anticonceptivos servían también para abortar. Sorano era contrario al uso de anticonceptivos, por las posibles consecuencias que podían seguirse.

Un método anticonceptivo usado en la Antigüedad consistía en impedir al esperma penetrar en el útero. Para endurecer las paredes del útero se utilizaba aceite de cedro, ungüento de Saturno y una pomada fabricada a base de aceite de oliva, e incienso, según Aristóteles (*Hist. anim*., 7, 3, 58, 3c). Sorano recomendaba una mezcla de aceite viejo de oliva, miel, savia, bálsamo o resina de cedro, que se introducía en el útero. Este médico griego (*Gyn*. 1, 19, 61 y ss.) recuerda otros **[-270→271-]** procedimientos empleados para endurecer el cuello del útero. Un tercer procedimiento anticonceptivo, consistía en endurecer el miembro viril, mediante una pomada destinada a matar el esperma, cerrando el acceso al útero. Plinio (24, 11, 18) recomienda la goma de cedro. Ningún autor de la Antigüedad menciona el coito interrumpido. También se conocían ya los períodos estériles de la mujer, de los que tuvo noticia la escuela de Hipócrates. Este párrafo en que Jerónimo es contrario al uso de anticonceptivos es importante, porque ningún autor eclesiástico antes de él los menciona, excepto sus contemporáneos Crisóstomo (*Rom*. 28, *Mt*. 5), quien considera la anticoncepción un asesinato y que asimila el semen al mismo hombre, lo que no defendió nadie en la Antigüedad, y Agustín, que utilizó mucho los anticonceptivos en su etapa maniquea (*Conf*., 4, 2), pero contra los que arremetió violenta-

[14] P. de Palol, L. Cortes, *La villa romana de La Olmeda. Pedrosa de la Vega* (*Falencia). Excavaciones 1969 y 1970*, Madrid, 1974, p. 81 y ss., láms. XXXIX-XLV-XLVII-XLVIII.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

mente después de su conversión. En *Contra Fausto* (15,7) escribe el obispo de Hypona, que si «se excluye la procreación, los esposos no son más que viles amantes, las esposas prostitutas y el lecho conyugal un burdel». En *Matrimonio y Concupiscencia* (1,15-17) expresa ideas parecidas y llama a los maridos, adúlteros de sus propias esposas y a estas prostitutas, si usan métodos anticonceptivos. Otra condena de los anticonceptivos se lee en *Uniones adúlteras* (2,12). Estas ideas son contrarias a lo expuesto por varios autores eclesiásticos de los siglos IV-V que hablan del amor carnal en el matrimonio, como lícito. Esta teoría había tenido un precedente en lo defendido por Clemente de Alejandría (*Ped*. II, 10,99,3). La idea de que el fin del matrimonio es la procreación es estoica y aparece en L. Musonio Rufo, que es contrario al uso de anticonceptivos. El método anticonceptivo utilizado por los maniqueos contra el que escribió Agustín, es el único que la Iglesia acepta hoy. Agustín fue siempre hostil al placer sexual, como lo fueron Jerónimo, los estoicos y Filón de Alejandría, lo que es una concepción antibíblica, que celebró el amor carnal en el *Cantar de los Cantares* y en otros párrafos del *Antiguo Testamento*. Los escritores cristianos primitivos dieron siempre una interpretación alegórica del *Cantar de los Cantares*, siguiendo la interpretación del judaísmo, y en este sentido lo comentaron Orígenes (dos homilías y un comentario), Metodio, Hipólito, Vitorino (obispo de Petavio en Panonia) Reticio de Antun, Atanasio, Gregorio de Nisa, Cirilo de Alejandría, Filón de Carpasia, Teodoro de Moponestre, Teodoreto, etc. Jerónimo (*Ep*., 121, 4) y Agustín (*Sobre el Éxodo*, 21, 20) defendieron la tesis aristotélica, que era la comúnmente aceptada, de que el alma se introduce en el feto al estar éste ya formado y, por lo tanto, no se podía hablar propiamente de asesinato. Sin embargo, Jerónimo (*Ep*., 22, 13), a pesar de esta concepción, califica de asesinato el uso de métodos anticonceptivos, equiparando anticonceptivos y aborto.

Los autores eclesiásticos anteriores a Jerónimo, a Crisóstomo y a Agustín, nunca prohibieron el uso de anticonceptivos, ni la masturbación; tampoco los autores que prohibieron el aborto citan las prácticas anticonceptivas; así la *Carta a Bernabé* (19, 5), la *Didaché* (5, 2), el *Apocalipsis de Pedro* (obra fechada entre los años 125-150, que describe los tormentos de los condenados al infierno) el apologista Atenágoras (*Supl*. 35) en el año 177, Hipólito de Roma, que atacó a Calixto por su moral sexual laica, los rigoristas Tertuliano o Novaciano, Minucio Félix (*Orat*. 302), el Concilio de Elvira, el *Nuevo Testamento*, el *Antiguo*, ni los concilios visigodos, ni el Ambrosiasta, el mejor canonista de la Iglesia Antigua, tampoco el judío Filón de Alejandría, contemporáneo de Jesús, o Ambrosio **[-271→272-]** (*Hexaem*. 5, 18, 58), etc. Una condena de los anticonceptivos y del aborto se lee en el canon LXXVII, del II Concilio de Braga, celebrado en 572. El médico del emperador Justiniano, Aecio, recomendó usar de los procedimientos anticonceptivos mencionados por Sorano. El *Código de Justiniano* no alude al uso de anticonceptivos, ni ningún autor eclesiástico bizantino, ni los Códigos de Teodosio II, ni los concilios del siglo VI, a pesar de que Justiniano legislaba en nombre de Dios. En lo referente al divorcio abrió mucho la mano este emperador bizantino, lo que la Iglesia aceptó tranquilamente. El médico de Justiniano Aecio los recomendaba mucho y nadie se le opuso.

En la sobrevaloración de la castidad, tal como aparece en las obras de Jerónimo y en otros muchos autores cristianos, y en algún escrito del *Nuevo Testamento*, hay influjos estoicos de los siglos I-II, que despreciaban el placer sexual y el pesimismo gnóstico.

Jerónimo, al contrario de Agustín (*Uniones adúlteras 2*, 12), nunca utiliza el relato del *Génesis* (38,8-19) sobre el castigo de Onam contra los anticonceptivos. El pecado de Onam no es conyugal, sino el negarse a dar sucesión a la viuda del hermano, al saber que la descendencia no será suya. Pecó contra la ley del levirato (*Dt*. 25, 5-10), no se masturbó. Hizo el *coitus interruptus*.

Llama la atención al lector de las cartas de Jerónimo, que en su correspondencia no se recojan alusiones a las vajillas de lujo muy usadas en los banquetes, citados frecuentemente por el monje de Belén, de las que se conservan piezas valiosas de un gusto artístico exquisito,

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

como la fuente con friso de animales y cabeza con casco en el centro del tesoro de Mildenhall, hoy en el *British Museum*, que comprendía 34 piezas de argentería, una gran bandeja redonda, decorada con máscara de Océano en el centro, dos bandejas más pequeñas, adornadas con sátiros y ninfas, cuatro fuentes con ancho borde decorado con animales y figuras humanas; una fuente más honda con borde decorado con motivos vegetales y tapadera con centauros, jabalíes, leones y cabezas de tritón, coronada por una figura de plata, y decorada con conchas. Los adornos del borde iban niquelados, al igual que los motivos geométricos del centro, de una gran fuente redonda. Hay otras fuentes de menor tamaño, dos cálices, cinco cucharas, con inscripciones cristianas. Este tesoro se fecha entre el año 330 y el reinado de Valentiniano I. Estas piezas se fabricaron en Occidente, con una aportación iconográfica y seguramente también artesanal griega [15]. El tesoro de argentería, regalo de boda de Secundo a Proiecta, muestra bien el refinamiento, el gusto exquisito y el arte logrado por los orfebres del siglo IV. Este tesoro se halló en el Esquilino, en Roma, y se fecha entre los años 379 y 383. La tapa del cofre nupcial es una joya de plata repujada, con los bustos de los esposos, dentro de una corona de hojas, sostenida por dos erotes. En el lado frontal Venus hace la toilette dentro de una concha sostenida por dos tritones, montados por amorcillos, que ofrenda. En los lados, Nereidas y Tritones cabalgan monstruos marinos. En el lado posterior la recién desposada entra en palacio, acompañada por gentes con presentes. El cofre está adornado con tijeretas, con los lados divididos por arcadas. En la arcada central, la esposa, sentada, se arregla entre dos sirvientas que le presentan un estuche y un cofre. Las esquinas van decoradas con dos pavos reales. **[-272→273-]** En las arcadas de los otros tres lados se encuentran sirvientes que llevan lámparas y objetos diversos. Este cofre es obra probablemente de artistas orientales, que trabajaban en Antioquía o Constantinopla, con talleres abiertos en Roma. Las figuras de este tesoro y sus actitudes confirman plenamente las descripciones de Jerónimo. En el cofre se observa una mezcla de elementos cristianos, la inscripción «Secundo y Proiecta, que podáis vivir en Cristo» y un repertorio figurativo pagano, ya con simple carácter decorativo [16]. Jerónimo (*Ep*., 27, 2) se referirá a los ídolos cincelados en los platos. Esta mezcla, a la que no alude Jerónimo en sus cartas, de elementos paganos y cristianos, encaja muy bien en las corrientes espirituales de la época, en la que frecuentemente las damas eran cristianas y sus maridos senadores paganos. El calendario de Furius Dionysius Philocalus, editado en el año 354, menciona una serie de fiestas en honor de dioses paganos: las *Lupercalia*, las fiestas de Cibeles, de Isis y del Sol Invicto, junto a la fecha de la Pascua cristiana, la fiesta de los mártires y de los obispos de Roma desde Pedro a Liberio. El autor de esta obra era el bibliotecario del Papa. Geroncio (*VM* 19) hace constar expresamente que su biografiada tenía además muchos vestidos de seda de gran valor y una gran cantidad de vajillas de plata.

Jerónimo no alude en su correspondencia a otros objetos de lujo tenidos en gran estima, como vasos de cristal, que junto con vestidos de seda, adornos de gran precio, anillos, objetos de plata, ofreció Melania la Joven a la emperatriz Serena y a los eunucos y cubicularios de la corte (Ger. *VM* 11). Los adornos y los vasos de cristal eran para la emperatriz y los restantes objetos para sus servidores.

Entre los vasos de vidrio típicos del Bajo Imperio descuellan los diatretas, los vidrios dorados y pintados con figuras impresas o con decoración acordonada, sobresaliendo el tesoro de vidrio pintado de Bagram, en Afganistán, capital de verano del reino de los Kushanas [17].

---

[15] R. Bianchi Bandinelli, *op. cit*., 206 y ss., figs. 196-197.

[16] R. Bianchi Bandinelli, *op. cit*., 98 y ss., figs. 90-94.

[17] A. García Bellido, *Arte Romano*, Madrid, 1972, p. 808 y ss., figs. 1381-1391. F. Fremersdorf, *Die römischen Gläser mit Schiff, Bernalung und Goldauflagen aus Köln*, Colonia, 1967. Sobre objetos de lujo del tipo de los del Bajo Imperio, platería, vidrios, marfiles, telas, libros, etc., K. Weitzmann y otros, *Age of Spirituality. Late*

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Espectáculos

Llama también la atención que en la correspondencia de Jerónimo no haya alusiones a los espectáculos del teatro, anfiteatro y circo, a los que fueron tan aficionados los romanos y que fueron repetidas veces condenados por los autores eclesiásticos, como Tertuliano (*de spectaculis*) [18], que condena tajantemente los **[-273→274-]** juegos públicos en el circo, en el estadio, en el anfiteatro, las competiciones de atletas y de gladiadores, pues, en su origen son una forma de idolatría, ya que eran rituales religiosos; Novaciano (*de spectaculis)*, que defiende la misma idea que Tertuliano; Taciano (*Diat*., 22-24), que escribió que los teatros son escuelas de vicios, la arena se asemeja a un matadero, la danza, la poesía y la música son pecaminosas; Crisóstomo que predicó un sermón el 3 de julio del 399, a sus feligreses de Constantinopla, *Contra los juegos circenses y el teatro*, al que califica de «oficina de Satanás», porque se encontró su Iglesia medio vacía, ya que muchos fieles se habían ido al circo [19]. Se indignó, porque el Viernes Santo se celebraron carrera de carros y el Sábado Santo se diera una función de teatro. Crisóstomo (*Hom*., *VI 7*; *in Matt*. VII 5) describe espectáculos muy queridos de los antioquenos, que consistían en ver mujeres desnudas metidas en una piscina, y Procopio en su *Historia Secreta* (9,11-14; 17-25) describe la manera de Teodora, la futura esposa de Justiniano, de hacer *strip tease*, espectáculo representado en las pinturas de Qusayr 'Amra, en el desierto jordano, en tiempo de los Omeyas [20]. Contra los espectáculos arremete hacia mediados del siglo V Salviano de Marsella (*De gub*. *Dei* VI, II, 10; XI, 65). Ammiano Marcelino (14,7,25,28,4, 29-32) da un juicio muy negativo de los efectos de los juegos del teatro y del circo sobre la masa de la población. Son los causantes de que en Roma no se haga nada serio, ni digno de recuerdo.

Vida disoluta de algunas damas. Matrimonios de conveniencia

En la carta de Rústico, del año 412, señala Jerónimo (*Ep*., 125,6) la vida libre de cierto género de mujeres: «Yo he conocido algunas de edad ya bastante madura, generalmente bastante libres, que buscan mozuelos y pretenden tener hijos espirituales, y, poco a poco, vencido el pudor, por entre ficticios nombres de madres, paran en libertad marital. Otras dejan a sus

---

Antique and Early Christian Art, Third to Seventh Century, New York, 1979, *passim*. Algunos manuscritos ilustran bien el lujo de los libros del Bajo Imperio: R. Bianchi Bandinelli, Virgilio Vaticanus 3225 e Iliade Ambrosiana, *Nederlands Kunsthistorich Jaarbock* 5, 1954, p. 225 y ss. Idem, *Hellenistic-Byzantine Miniatures of the Iliad* (*Ilias Ambrosiana)*, Obten, 1955.

[18] J. P. Wasink, «Pompa Diaboli», *V. Ch*. 1, 1947, p. 13 y ss. Ottorino Pasquato, *Gli spettacoli in S. Giovanni Crisostomo. Paganesimo e cristianesimo and Antiochia e Constantinopoli nel IV secolo*, Roma, 1976. G. Traversari, *Gli spettacoli in acqua nel teatro tardoantico*, Roma, 1960, con muchas fuentes sobre este tipo de espectáculos y documentos arqueológicos, mosaicos, etc. R. Bianchi Bandinelli, *Roma. El centro del poder*, Madrid, 1970, figs. 324-325, 288.

[19] Sobre el circo véase: A. Cameron, *Porfirius, the Charioter*, Oxford, 1978. Sobre la religión en relación con el circo: Idem, *Circus Factions*: *Blues and Green and Rome and Byzantium*, Oxford, 1976. J. Polzer, *Circus Pavements*, Michigan, 1963. La afición de los romanos por las carreras ha quedado bien reflejada en la multitud de monumentos que representan estas carreras, K. M. D. Dunbabin, The Victorius Charioteer. Mosaics and Related Monuments, *AJ* 86, 1982, p. 65 y ss. Catálogo de todas las representaciones de carreras en Hispania: J. M. Blázquez, *Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Málaga*, Madrid, 1981, p. 19 y ss. Idem, «Mosaicos y pinturas con escenas de circo en los museos arqueológicos de Madrid y Mérida», *Bellas Artes*, 74, 5, 1974, p. 19 y ss. A. Balil, Mosaicos circenses de Barcelona y Gerona, *BRAH*, 151,1962, p. 275 y ss. A. González Blanco, *op. cit*., *passim*. Sobre los espectáculos en general: L. Friedländer, *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma desde Augusto hasta los Antoninos*, México-Buenos Aires, 1982, p. 497 y ss. Los juegos circenses comenzaban en Roma con una gran procesión con numerosas imágenes de dioses, que descendían del Capitolio. A. Marcone, L'allistimento dei giochi a Roma nell IV secolo d. C., Aspetti economici e ideologici, *ASNSP 3*, 11, 1981, p. 105 y ss.

[20] J. M. Blázquez, *Las pinturas helenísticas de Qusayr'Amra* (*Jordania) y sus fuentes*, *AEspA* 54, 1981, p. 168 y ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

hermanas doncellas y se juntan con otras mujeres. Otras hay que aborrecen a los suyos y no sienten por ellos cariño alguno. Su impaciencia, que delata su alma, no admite excusa de ningún género y rompe como telas de araña los velos que pudiera cubrir su impudor. Por ahí verás a otros, muy ceñidos de lomos, túnica parda, barba abundante, que no pueden apartarse de las mujeres. Viven bajo un mismo techo, frecuentando juntos los convites, tienen criados jóvenes a su servicio, y fuera del **[-274→275-]** nombre, todo lo demás es matrimonio». Lo mismo afirma Salviano de Marsella (*De gub. Dei* III, V, 22-23). Este párrafo es una pintura realista y viva de los jóvenes libertinos de ambos sexos de la alta sociedad romana, digna de ser celebrada por Marcial o Juvenal, sociedad que seguramente Jerónimo debió frecuentar en su juventud en Roma y que él conocía de primera mano. El resultado último es que estas parejas siempre acababan amancebadas, aunque se cubriese las relaciones con capa de religión.

Jerónimo da datos de fina observación como cuando aconseja a Rústico (*Ep*., 125, 7): «las muchachas que sirven a tu madre, sábete que andan armando acechanzas, pues cuanto es más baja su condición, tanto es más fácil su caída». Los líos amatorios entre los jóvenes ricos y sus criadas jóvenes eran muy frecuentes. Los matrimonios eran frecuentemente de conveniencia y se buscaba un marido rico, que no importaba fuera viejo. Marcela, la hija espiritual de Jerónimo, contrajo matrimonio. Muerto su esposo a los siete meses de matrimonio, su madre Albina le buscó un segundo marido en la persona de un viejo rico (*Ep*., 127, 2), Cereal, consular famoso. La razón de este matrimonio la apunta Jerónimo, «su madre, Albina, deseaba ardientemente tan ilustre apoyo para la viudez de su casa», es decir, era un matrimonio por razones del egoísmo maternal. La madre buscaba seguridad en la viudez, utilizando el matrimonio de la hija.

Describe Jerónimo la alta sociedad romana y no los estratos bajos. Así, sólo ocasionalmente alude a los esclavos y a las clases inferiores. Alguna vez menciona de pasada los burdeles (*Ep*., 128, 2).

Administración de fincas

Jerónimo da un dato importante sobre la actividad de las mujeres, cual es que muchas vírgenes y viudas se administraban su hacienda (*Ep*., 123, 13). Se trata probablemente de mujeres sin maridos. La hacienda se refiere a fincas, ya que éstas eran la base de la economía del Mundo Antiguo. En el Bajo Imperio existían grandes latifundios. Baste recordar que Melania la Joven tenía fincas en Hispania, Campania, Sicilia, África, Mauritania, Britania y otros países (Ger. *VM*, 11). Sus ingresos los calcula su biógrafo (Ger. *VM*, 15) en 120.000 sólidos áureos, sin contar los ingresos de su esposo, que eran otro tanto.

Olimpiodoro (*Frag*., 43-44) conserva algunas cifras de ingresos, hacia 430-440, de algunas casas romanas, que ascendían a 4.000 libras de oro. Las casas de Roma, que venían después de las primeras, tenían unos ingresos que oscilaban entre las 1.500 y 1.000 libras de oro. El hijo de Olybrius, Sextus Petronius Probus, cónsul del año 395 [21], que ejerció su pretura en tiempos de la tiranía de Juan, entre los años 423 y 425, se gastó 1.200 libras de oro en las fiestas. El orador Símaco [22], senador más modesto, pagó 2.000 libras de oro para las fiestas celebradas con ocasión de la prefectura de su hijo, Máximo; un rico dio 4.000 libras de oro para **[-275→276-]** la pretura de su hijo, que probablemente es Petronius Maximus [23], que fue

[21] A. H. M. Jones; J. R. Martindale, y J. Morris, *The Prosopography of the Later Roman Empire, AD. 260-395*, Cambridge, 1971.

[22] E. Garrido, *Los gobernadores provinciales en el Occidente bajo-imperial*, Madrid, I987, *passim*. A. J. M. Jones; J. R. Martindale, y J. Morris, *op. cit*., 865 y ss. A. Chastagnol, *Les Fastes de la Préfecture de Rome au Bas-Empire*, París, 1962, p. 218 y ss.

[23] A. Chastagnol, *Les Pastes*, p. 281 y ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

prefecto de Roma en 420. Olimpiodoro puntualiza que los prefectos pagaban juegos que duraban siete días. El primo de Melania, Petronius Probus, según Ammiano Marcelino (27, 11, 1), poseía fincas en casi todas las regiones del Imperio Romano.

Jerónimo no ha dejado en su correspondencia ninguna descripción de ninguna villa, de las muchas que tenían las damas a las que se dirigía el monje de Belén, del tipo de las debidas a Posidonio Apolinar (*Ep*., *2*, 2-15), cuando en el año 465 invitó a su amigo Domicio a visitar su finca de *Avitacum*, o cuando en su *Poema* XXII (101-219), hacia la misma fecha, describe la posesión de Pontius Leontius de Bourg-sur-Gironde [24]. Geroncio (*VM*, 18) describe una villa que Melania tenía en Italia, que se ha supuesto estaba situada en Calabria: «Tenemos una propiedad importante; en esta finca había un baño, que sobrepasaba todo lo que uno puede imaginar. De un lado se encontraba el mar, del otro un bosque de esencias variadas, donde pastaban jabalíes, ciervos, gamos y caza mayor. Desde la piscina se podían divisar por una parte los barcos llevados por el viento y de otra las fieras en el bosque». Menciona el autor también los mármoles, los ingresos innumerables y las 70 habitaciones dispuestas alrededor del baño.

Jerónimo, que demuestra en sus cartas un buen conocimiento de la literatura pagana, no recoge, tampoco, datos sobre las obras de arte, que guardaban las ricas casas romanas. A estas obras de arte alude Geroncio (*VM*, 14). Las casas de los nobles romanos eran verdaderos museos, al igual que las de Constantinopla, donde la de Lausus conservaba las estatuas crisoelefantinas, del Zeus de Olimpia, obra de Fidias y la Afrodita de Cnido, debida a Praxíteles. Todos estos tesoros artísticos desaparecieron en el incendio de Constantinopla en tiempos de los emperadores León y Basilisco (*Cedr*., *Pg*. 131, 614). Olimpiodoro (*Frag*., 43) escribe de los palacios de las matronas de Roma, que contaban con hipódromo, **[-276→277-]** foros, templos, fuentes y varios baños. Cada casa era una villa, según expresión del historiador bizantino.

Monjes y clérigos

Los monjes y el clero fueron también blanco preferido de los ataques de Jerónimo, aunque en el año 376-377 en carta al monje Heliodoro escribe: «Dios me libre de decir cosas feas de quienes, sucesores en dignidad de los apóstoles, consagran con boca sagrada el cuerpo de Cristo; por quienes nosotros mismos somos cristianos; de quienes, teniendo las llaves del

[24] N. Morere, *Las villas romanas en la Galla Narbonense*, I-II, Madrid, 1989, Tesis doctoral inédita. Sobre las villas hispanas: M. C. Fernández Castro, *Villas romanas en España*, Madrid, 1982. J. C. Gorges, *Les villes hispano-romaines*, París, 1979. Sobre Hispania en el Bajo Imperio: J. M. Blázquez, *Economía de la Hispania romana*, Bilbao, 1978, p. 485 y ss. *ídem*, *Historia económica de la Hispania romana*, Madrid, 1978, p. 242 y ss. Idem, *Historia de España, España romana*, Madrid, 1982, p. 525 y ss. Idem, *Historia social y económica. La España romana* (siglos III-IV), Madrid, 1975. Idem, Conflicto y cambio en Hispania durante el siglo IV, en *Transformations et conflits au IVe. siècle ap. J.-C. Colloque organisé par la Fédération Internationale des Études Classiques. Bordeaux 7. au 12. septembre 1970*, Bonn 1978, 53-93. Idem, Rechazo y asimilación de la cultura romana en Hispania (siglos IV y V), en *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VIe Congrès International d'Études Classiques. Madrid, Septembre 1974*, Bucarest-París, 1976, 63-94. Una pequeña heredad como la de Ausonio, comprendía: 200 yugadas de campo, 100 de viñedo, y la mitad de prados. Bosques en una extensión de más del doble de yugadas rodeaban los alrededores. Los obreros no eran muchos (R. Etienne, *Bordeaux antique*, Burdeos, 1962, p. 351 y ss.). La extensión de las fincas hispanas de Navarra y Álava se ha calculado entre 1.000 y 1.500 hectáreas. En Lusitania se encontraban los mayores latifundios de Occidente, comparables a los de Italia y África. En el Alentejo la extensión de las villas oscilaba entre 3.000 hectáreas (Crato, Alter do Chao, Villa Fernando), 8.000 hectáreas (Arronches, Villar del Rey), y más de 5.000 hectáreas (Martín Gil, Arnal o Povoa de Cos). Torre de Palma tenía más de 3.000 hectáreas. En los alrededores de Beja los latifundios alcanzaban más de 1.500 hectáreas. En la Bélica la propiedad debía estar más repartida. A la villa del Cercado de San Isidro en Dueñas (Palencia) se le calcula una superficie algo más de 650 hectáreas. Algunas fincas tenían mucha servidumbre. Los primos de Honorio con un ejército formado por sus colonos y esclavos defendieron durante tres años los Pirineos (*Oros*. *1*, 40; *Zos*. 6, 4, 3).

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

reino de los cielos, juzgan, en cierto modo antes del juicio y con sobria castidad conservan a la esposa del señor» (*Ep*., 14, 8).

Pronto asentó el criterio de que la dignidad eclesiástica no hace cristianos, sino sólo la virtud, como escribió al monje Heliodoro hacia el año 376 ó 377 (*Ep*., 14, 9), que llegó a ser obispo de Altino, cerca de Concordia y Aquileya. De la estancia de Jerónimo en el desierto de Calcis, practicando el ascetismo, el futuro monje de Belén guardó un mal recuerdo, debido al carácter de los monjes y al suyo propio. Ya en una carta dirigida a Marco, presbítero de Calcis, se queja amargamente de su mala situación, pues los monjes pedían diariamente a Jerónimo cuenta de su fe. Afirmaba lo que ellos querían y no quedaban contentos. Suscribía sus fórmulas y no le creían. Sólo gustaba a los monjes sirios ver que abandonaba el desierto de Calcis el nuevo monje extranjero. La situación era tan desesperante que Jerónimo tenía planeado huir del lugar y no lo hacía por la flaqueza corporal y la dureza del invierno. No quería Jerónimo saber nada de ellos (*Ep*. 17,3). Sin duda, los monjes sirios desconfiaban de la ortodoxia de Jerónimo y le juzgaban un cuerpo extraño a ellos. En carta a Eustoquia ataca duramente el proceder de ciertos monjes de Roma que el conocía bien, por haber vivido en la ciudad. Censura duramente el que ascetas de ambos sexos vivan juntos, pues, terminan por amancebarse (*Ep*., 22,14). Este mal ya era viejo, pues, se menciona ya en la segunda carta atribuida ademente Romano, obra de comienzos del siglo III. A Pablo de Samosata, a los presbíteros y diáconos de su séquito, en época de Aureliano, se les acusaba de vivir con mujeres. Se trata de los abusos de las *synesaktoi* o *virgines sub-introductae*. Contra este escándalo arremete también Atanasio en su *Carta a las vírgenes que fueron a Jerusalén a orar y volvieron*; y Crisóstomo en sus dos cartas sobre este tema, publicadas poco después de su consagración como patriarca de Constantinopla en 397. En ellas compara estas casas con lupanares. También las condenó el Papa Siricio (384-399), en carta a Himero, quien ordena en 385 que sean los ascetas condenados a cárceles, según condena el derecho público y eclesiástico. Se desconoce qué leyes públicas prohibían el matrimonio o el concubinato a los que tenían votos privados.

Más adelante de la carta (*Ep*., 22, 28) ataca Jerónimo directamente a los monjes corrompidos y los describe soberbiamente: «Huye también de los varones que vieres cargados de cadenas con cabelleras de mujeres... barba de chivos, manto negro y pies descalzos para soportar el frío. Todo eso son invenciones del diablo. Tal fue antaño Antimo, tal recientemente Sofronio, por los que hubo de gemir Roma. Son gente que se mete en las casas de los nobles, engañando a **[-277→278-]** mujerzuelas... Otros hay, hablo sólo de los de mi propio estado (los monjes), que ambicionan el presbiterado y diaconado para gozar con más libertad de ver mujeres. Estos no tienen más preocupación que sus vestidos, andar bien perfumados y llevar zapatos justos, que no les baile el pie dentro de la piel demasiado floja. Los cabellos van ensortijados por el rastro del calamistro o rizados, los dedos brillan de los anillos y porque la calle, un tanto húmeda, no moje las suelas, apenas si pisan el suelo con las puntas de los zapatos. Algunos consumen su afán y vida entera en conocer los nombres, caras, hábitos y costumbres de las matronas. De éstos te voy a pintar a uno sólo, breve y someramente, príncipe que es de este arte, que conocido el maestro, reconozcas más fácilmente a los aprendices. El hombre se levanta diligentemente con el sol, se traza el plan de sus visitas, toma los atajos de las calles y el importuno viejo se mete casi en las alcobas de las que duermen. Si ve una almohadilla, si algún lindo pañuelo de mano, o alguna otra alhaja del ajuar se deshace en alabanzas, lo admira, lo manosea, se lastima de la falta que le hace y termina no por pedirlo, sino por arrancarlo. Y es que aquellos señores temen ofender al postillón de la ciudad. Tiene por enemigo mortal la castidad, por enemigos mortales los ayunos, discierne los guisados por el olor y se le llama vulgarmente ave cebada. Su boca es bárbara y desvergonzada y armada siempre para soltar un insulto. A donde quiera te vuelvas, él es siempre el primero que topas. Cualquier no-

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

vedad que suena, o la inventa él o la exagera. Cambia por momentos sus caballos tan lucidos, tan briosos, que cualquiera lo tendría por hermano carnal del rey de Tracia».

Ya por la fecha de esta carta se habían infiltrado en el clero y en el monacato muchos elementos indignos y vividores, que abusaban de la buena fe de las damas y cuya finalidad no era otra que vivir bien sin trabajar y arramblar con todo lo de valor que vieran, formaban parte del monacato. Son interesantes las descripciones que hace. En un caso se trata de gentes que se hacen pasar por monjes y se visten desastrosamente. En el segundo visten como dandys. Los monjes tenían más libertad para visitar mujeres e introducirse en sus casas, por eso, presbíteros o diáconos querían hacerse monjes. Eran unos cínicos, caraduras, pedigüeños y embaucadores, y atraían fácilmente a las damas. Jerónimo ofrece datos muy preciosos del atuendo de estos monjes, como el uso de zapatos de calidad, se rizaban los cabellos, tenían anillos en los dedos, andaban muy ligeros, y de su comportamiento; huyen de ayunos, son comedores, hablan mal y son los primeros en todo, y se cambian continuamente el peinado. Casos como estos debían ser frecuentes en todas partes. El canon VI del Concilio de Caesaraugusta prohibía que los clérigos se hiciesen monjes. Más adelante de esta misma carta (*Ep*., 22,34) vuelve a referirse a los monjes a los que clasifica en tres categorías: cenobitas, anacoretas y los *remnuoth*, grupo que Jerónimo considera detestable y despreciable, y que era muy numeroso donde vivía el autor de la carta. Los describe en los siguientes términos: «Estos habitan de dos en dos o de tres en tres o poco más, viven a su albedrío y libertad y parte de lo que trabajan lo depositan en común para tener alimentos comunes. Por lo general habitan en ciudades o villas, y como si fuera santo el oficio y no la vida, ponen a mayor precio lo que venden. Hay muchos grupos que viviendo de su propia comida, no sufren sujetarse a nadie. Suelen competir en los ayunos y lo que debiera ser secreto lo convierten en campeonatos. Todo es entre ellos afectado, anchas mangas, sandalias mal ajustadas, hábito demasiado grosero, **[-278→279-]** frecuentes suspiros, visitas de vírgenes, murmuración contra los clérigos, y cuando llega una fiesta algo más solemne, comilona hasta vomitar». La vida de estos monjes no tenía nada de evangélica. También eran unos glotones y vividores. Este tipo de vividores debió ser frecuente en el cristianismo primitivo. Luciano de Samosata pintó espléndidamente un tipo de éstos en un folleto llamado *Peregrino*. Todo su ascetismo era ostentación en su comportamiento y hábito. Trabajaban y vendían el producto de su trabajo. No estaban sometidos a obediencia y se entregaban a comilonas en las fiestas. Eunapio emite un juicio demoledor de los monjes, acusándoles de glotones. Monjes como éstos fueron la causa del juicio tan adverso que dieron sobre ellos el emperador Juliano (*Ep*. 89b, 1) y Rutilio Namaciano (*De red*. 439-452, 515-526). La legislación de los emperadores de final del siglo IV procuró mantener a los monjes fuera de las ciudades. Jerónimo califica a los monjes de pestilencia. El grupo de los anacoretas se caracteriza por su obediencia al superior y están agrupados en decurias o centurias. Los nueve decuriones están a las órdenes de un centurión. Viven en celdas contiguas, separadas. Nadie puede entrar en la celda, salvo el decano para consolar al monje. Después de la hora nona todos los monjes se juntan, cantan salmos, leen las *Sagradas Escrituras y* oran. El padre les dirige la palabra y lloran. Terminado este acto, por decurias se van al comedor. Todos sirven por semana. La comida consiste en pan, legumbres y hortalizas, condimentadas con sal y aceite. El vino lo beben los más ancianos. Sólo los viejos y jóvenes desayunan. Por la noche velan. Existía una enfermería para los enfermos. Todos los días aprenden algo de las *Escrituras*. Este género de vida lo llevaban los esenios, según Filón, Josefo y Plinio. Esta última opinión es importante para defender la teoría de que el monacato [25]

[25] J. M. Blázquez, El monacato de los siglos IV, V y VI como contracultura civil y religiosa, en *La Historia en el contexto de las ciencias humanas y sociales, Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*, Salamanca 1989, p. 97 y ss.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

cristiano arranca de los esenios. Sin embargo, el género de vida de los anacoretas procede, según el monje de Belén, de Juan Bautista. Este párrafo describe bien la vida de los cenobitas y el primero las **[-279→280-]** faltas de los *remnuoth*. A los anacoretas dedica Jerónimo pocas líneas, señalando que viven en el desierto y sólo comen pan y sal (*Ep*., 22,34-36). La carta 33, enviada a su dirigida Paula, que es una alabanza de Orígenes [25b], rezuma amargura, ya que después de haber escrito tantas obras catalogadas por Jerónimo, el pago consistió en que su obispo Demetrio le desterró. El caso de Jerónimo era parecido, pues, en el año 385 se vio obligado a abandonar Roma, sin duda asqueado del ambiente eclesiástico, ambiente que no era muy diverso del que describe Paladio (*HL* 19), referido a Constantinopla, que Crisóstomo procuró enmendar. Al final de la carta menciona a los epicúreos y aristipos, que eran los monjes y el clero de Roma, a los que acusa de comilones, y de rapaces, pues, andan todo el día a la caza de herencias y de comer guisados, y se silba como a un loco perdido a los cristianos auténticos (*Ep*., 33, 3).

En las cartas de Jerónimo aparecen en escena otros monjes trotamundos, como uno al que calificó de venido del arroyo, vagabundo por encrucijadas y plazas, monje correveidile, que sólo tiene talento para denigrar. Anda perorando contra mí, y con diente canino, roe, despedaza y desgarra los libros que he escrito contra Joviniano... «Anda por los corrillos de ignorantes y frecuenta los banquetes de mujerzuelas, tejiendo silogismos asilogísticos y deshaciendo, con astuta argumentación, lo que él imagina sofismas míos» (*Ep*., 50, 1). Este párrafo indica magníficamente el carácter de Jerónimo, que atacaba ferozmente al que se metía con él, sin temor a echar mano de la mentira y de la calumnia. Es un caso de lucha entre monjes, que daban un espectáculo denigrante ante cristianos y paganos. Señala Jerónimo en este párrafo la baja extracción social de su monje. En el siglo IV, después de que la Iglesia se cargó de privilegios y de riqueza, que la corrompieron, muchos vividores y caraduras se hicieron monjes o clérigos para vivir bien sin trabajar. Jerónimo le acusa de calumniador, embustero y embaucador. Toda la carta es un ataque personal al monje, del que se ríe sarcásticamente, de su elocuencia. Le echa en cara recorrer los palacios de los nobles, de visitar las matronas y de convertir la religión en campo de batalla y torcer la fe de Cristo (*Ep*., 50, 3, 5) y de ser sabidillo entre las cosas de mujercillas. Debía haber muchos monjes hipócritas, farsantes y

---

Idem, El monacato del Bajo Imperio en las obras de Sulpicio Severo y en las vidas de Melania la Joven, Geroncio, en la Vida de Antonio de Atanasio y en la Vida de Hilarión de Gaza de Jerónimo. Su repercusión económica y social, *Revista Internacional de Sociología* 47.3, julio-septiembre 1989, 339-372. Sobre el monacato sirio: P. Canivet, *Le Monachisme syrien selon Théodoret de Cyr*, París, 1977. A. J. Festugiére, *Antioche païenne et chrétienne*, París, 1959. S. Jargy, *Les origines du monachisme en Syrie et en Mésopotamie*, Proche-Orient Chrétien II, 1952, fasc. II. I. Peña y otros, *Les cénobites syriens*, Milán, 1983. Sobre el monacato en Hispania: J. M. Blázquez, Prisciliano, introductor del ascetismo en Hispania. Las fuentes. Estudio de la investigación moderna, *I. Concilio Caesaraugustano. MDC Aniversario, Zaragoza*, 1981, p. 65 y ss. Idem, *Aportaciones al Estudio de la España en el Bajo Imperio*, p. 47 y ss. En general: P. Brown, The Rise and Function of the Holy Man, *JRS*, 61, 1972, p. 97 y ss. Idem, From the Heaven to the Desert: Antony and Pachonius, *The Making of Late Antiquity*, Harvard, 1981, p. 81 y ss.; Idem, *Society and the Holy in Late Antiquity*, Londres, 1982. R. Teja, Monacato e historia: los orígenes del monacato y la sociedad del Bajo Imperio Romano, *Historia en el contexto*... p. 81 y ss.; J. M. Blázquez, Extracción social del monacato primitivo. Siglos IV-VI, *Cuaderni Catanesi*, 19, 1988, p. 173 y ss. Tendencias ascéticas entre los laicos se dieron ya probablemente a finales del siglo III o a comienzos del siguiente en Hispania, como prueba el caso de Eulalia de Mérida (E. Sánchez Salor, Orígenes del cristianismo en Lusitania, *Manifestaciones religiosas en la Lusitania*, p. 81 y ss.). El concilio de Caesaraugusta en su canon VI condena al clérigo que para vivir más licenciosamente quiere hacerse monje, canon muy importante, pues indica la creencia que la vida del monje era muy libre. La decretal de Siricio a Himero menciona a monjes y monjas que viven juntos deshonestamente. En una carta, fechada en el año 398, Jerónimo (*Ep*. LXXI) informa de una pareja casada que en la Bélica guardaba castidad. Sobre el ambiente espiritual de la época: K. Wetzmann y otros, *A symposium age of spirituality*, Princeton, 1980.

[25b] H. Crouzel, *Origène*, París, 1985, P. Nautin, *Origène. Sa vie et son oeuvre*, París, 1977.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

vividores, pues en carta a Rústico (*Ep*., 125, 9) afirma que de «tantos que se inventan portentosas luchas de los demonios contra ellos, con que embaucan a gentes ignorantes y vulgares y hacen granjería de ello, estaba el mundo lleno».

En los ataques a sus adversarios, Jerónimo es chabacano, soez, panfletario, de mal gusto, pendenciero, además de chaquetero, falso y mentiroso, rasgos de su carácter, pero este estilo era muy frecuente en los escritos eclesiásticos de la época. De su obispo, Lupicino, escribe que: «para la boca del asno los cardos son la mejor ensalada». A su antiguo amigo Palagio, asceta muy culto, le califica de demonio, perro corpulento, engordado con gachas de avena, animalote bien cebado, que perjudica más con las uñas que con los dientes. Es perro de raza irlandesa, no lejos de Bretaña, como todos saben, y hay que acabar de un solo tajo, con la espada del espíritu (Hier. *Comm. in Hier*. 3,1). Redactó un tratado *Contra Vigilancio* (1 y ss.; 6, 8,10,12,15, 17), al que escribió también una carta (61) en **[-280→281-]** el año 396, llamándole Dormitancio. Fue Vigilancio un sacerdote de la Galia, que arremetió contra el culto a los santos y a las reliquias, contra los ascetas, contra el celibato, encontrando apoyo en varios obispos. Le acusa de descender de salteadores de caminos y de gentes de mala vida, espíritu degenerado, de estar mal de la cabeza, digno de la camisa de fuerza, dormilón, tabernario, lengua de víbora, boca calumniosa. Tenía malicia diabólica, el veneno de la falsedad, sed de dinero. Era difamador desaforado, borracho comparable a Baco. Se revuelca en el fango. Llevaba el pendón del diablo, y no el de la Cruz. Le llama perro viviente, monstruo que debía ser expulsado a los confines del mundo. Da vergüenza recoger el rumor de que incluso algunos obispos son cómplices de sus crímenes. Le acusa de dormir despierto y de escribir dormido, de vomitar sus libros durante el sueño de una borrachera, de escupir la inmundicia que sale de sus intestinos, de haber huido desnudo durante un terremoto en una noche. Le echa en cara igualmente de que el dormilón desata sus pasiones y multiplica sus ardores naturales del cuerpo con sus consejos... o mejor, los apaga yaciendo con mujeres. Con lo que al fin no nos diferenciaremos en nada de los cerdos, no que dará ninguna distancia entre nosotros y los animales irracionales, entre nosotros y los caballos.

Jerónimo atacó también con expresiones parecidas al monje de Roma, Joviniano, en dos tratados, cuyos ejemplares Pammaquio compró para que no circularan por Roma, pues hacían muy mal efecto y se atacaba a Jerónimo por ellos, que se vio obligado a escribir una apología de su proceder e ideas y a enviársela a su amigo (*Ep*.,49) en el año 393. El monje de Belén escribió dos cartas (48-49) sobre el asunto. Según Jerónimo, Joviniano defendía que las vírgenes y viudas tienen el mismo merecimiento; los bautizados no pueden ser derribados por Satanás; no hay diferencia entre abstenerse de los alimentos y comer dando gracias por ellos; todos los que cumplieron las promesas del bautismo tendrán la misma recompensa. Estas tesis de estos dos monjes indican claramente bien algunos aspectos de las efervescencias espirituales de los siglos IV y V. Joviniano fue condenado en dos sínodos. Uno celebrado en Roma bajo la presidencia de Siricio, y un segundo en Milán, bajo la de Ambrosio, a quien Jerónimo calificó de cuervo y de pajarraco negro como la pez. Precisamente Agustín apeló a la intervención del Estado y logró que Joviniano fuera flagelado con látigos de puntas.

Jerónimo continuamente ataca en sus cartas los vicios del clero. No pierde oportunidad de meterse con él. Verdad es que zahiere igualmente a todos los estamentos de la sociedad, lo que le creó muchos enemigos por todas partes. En carta fechada en el año 394 al presbítero Nepociano le aconseja (*Ep*., 52, 5) que huya del clérigo negociante, que de pobre se ha hecho rico y fanfarrón, que ama el oro y las riquezas, al que gustan la verborrea, el descaro, los foros, las plazas y las boticas de los médicos. Este mal estaba extendido. Ya el sínodo de Elvira, a principios del siglo IV, en su canon XIX, prohibe que los obispos, presbíteros y diáconos salgan a comerciar fuera de sus provincias en busca de pingües ganancias.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Jerónimo ataca igualmente a los clérigos y monjes (*Ep*., 152, 6), que reciben «donecillos, pañizuelos, cintilas, telas, comidas probadas y tiernas» y dulces requiebros, como «miel mía», «lumbre de mis ojos», «deseo mío», frases que califica de necedades (*Ep*. 52, 6), lo que debía ser frecuente en Roma. También **[-281→282-]** los recibió él. En el año 384 agradece a Eustoquia que le haya enviado ajorcas, cartas y palomas (*Ep*., 32,13) y un canastillo de cerezas; a Marcela en 385, ciertos donecillos (*Ep*., 44); regalillos a Paulino (*Ep*. 53, 1). Precisamente de la Bética, el año 398, le envió Lucino dos capas y una zamarra (*Ep*., 71,7). Las capas serían las representadas en los relieves de Osuna, del siglo III a. C. [26].

Jerónimo se presenta en sus cartas como un fino observador, muy al corriente de las costumbres corrompidas de clérigos y monjes. Jerónimo no deja vicio de los clérigos sin azotar. Así ataca despiadadamente en esta misma carta (*Ep*., 52, 16) contra los clérigos mayordomos y administradores de casas y cortijos ajenos.

Este mal estaba muy extendido, pues Crisóstomo ataca despiadadamente (*In MK*, 85, 4) a los obispos que se dedican a asuntos puramente administrativos, propios de tutores, de administradores, de agentes del fisco, de contables y de tenderos. Cipriano (*de laps*. 6) censura el proceder de muchos obispos: «Muchos obispos, que deben ser un estímulo y ejemplo para los demás, despreciando su sagrado ministerio, se empleaban en el manejo de bienes mundanos, y abandonando su cátedra y su ciudad, recorrían por las provincias extranjeras los mercados a caza de negocios lucrativos, buscando amontonar dinero en abundancia, mientras pasaban necesidad los hermanos en la Iglesia; se apoderaban con ardides y fraudes de heredades ajenas, cargaban el interés con desmesurada usura».

Jerónimo, en carta a Heliodoro (*Ep*., 60, 11), censura las rapacidades de los monjes, que viven con más lujo que si fuesen seglares, que vacían las bolsas de las matronas y andan a la caza de riquezas a fuerza de acatamiento. Se olvida Jerónimo de recordar que a su amigo Dámaso le acusaban sus enemigos de andar a la caza de las fortunas de las damas, y Ammiano Marcelino (27,3,14-15) de vivir con un tren de vida indigno de un representante de Dios, con carrozas de lujo y de frecuentar los banquetes. En la carta a Rústico (125, 10), pone el ejemplo de un monje que a su muerte se descubrió que atesoraba la riqueza de un Creso, y las limosnas entregadas por los fieles para socorrer a los pobres fueron a parar a su familia.

Jerónimo critica a los monjes por cambiar de hábito, pero no de vida, en esta misma carta (*Ep*., 125, 16): «Yo he conocido a algunos que, después que dieron de mano al siglo —eso sí, sólo con el hábito y de palabra, pero no de obra—, en nada mudaron sus antiguas mañas. La hacienda antes bien se acrecentó que se mermó; los mismos criados para su servicio; los mismos aparatosos convites; en vasos de vidrio y platos de arcilla se come y bebe oro; y todavía entre la caterva y enjambres de servidores, pretenden el nombre de solitarios. Por otro lado, los que son pobres y menguados de hacendilla, pero se tienen por sabidillos, salen al público como imágenes llevadas en andas en una procesión, a fin de ejercitar su facundia canina. Otros, con los hombros levantados y graznando no sé qué dentro de sí, fijos los ojos atónitos en el suelo, mastican hinchadas palabras, de modo que, si se añade el heraldo o pregonero, cualquiera creería que va por allí el gobernador. Los hay que, por la humedad de las celdas y los excesivos ayunos, por el aburrimiento de la soledad y la demasiada lección, pues les zumban con ella los oídos día y noche, caen en melancolía. Y éstos necesitan más bien las recetas de Hipócrates que de nuestros consejos. La mayor parte no sabe desprenderse de sus **[-282→283-]** artes y negocios de antaño, y cambiado el nombre, ejercen los mismos tratos que los negociantes, no para tener con qué comer y vestir, como manda el Apóstol (I *Tim*. 6-8), sino para sacar mayores ganancias que la gente del siglo... Ahora bajo título de religión, se practican tratos injustos y el honor del

[26] A. García y Bellido, *Arte Ibérico en España*, Madrid, 1979, 58, fig. 64-65.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

nombre cristiano no sufre ya, sino que comete fraude. Hay otra cosa que me avergüenzo de decir, pero que no queda otro remedio que decirla, a ver si, por lo menos, tenemos empacho de nuestra deshonra: extendiendo en público las manos, tapamos el oro con nuestros harapos y contra la opinión de todos, los que habíamos vivido como pobres, morimos ricos con los talegones llenos». En este párrafo nuevamente hace Jerónimo una crítica demoledora de los vicios de muchos monjes, de su rapacidad y avaricia, de su deseo de amontonar riquezas, de los procedimientos hipócritas de que se sirven para obtenerlos. Vivían con el mismo tren de vida, que antes de dedicarse al ascetismo, con el mismo número de criados, dato interesante éste sobre el servicio privado que tenían algunos monjes; con frecuencia iban a los banquetes, que eran, como la caza, los espectáculos y los juegos, la principal manera de entretener el tiempo los aristócratas. Predicaban por plazas, presentándose en aspecto descuidado y pobretón. Reconoce Jerónimo que a algunos perjudica su salud la humedad de las viviendas y la soledad. También les acusa de estafadores, de obtener ganancias ilícitas por procedimientos inmorales, de dedicarse a los negocios del siglo, y de utilizar la religión para engañar, estafar a los devotos y de este modo enriquecerse. El mismo Jerónimo (*Ep*., 127, 5), en carta a la virgen Principia, escribe que hubo un primer momento en que «el nombre de monje se tuvo por ignominioso y estaba desacreditado de la gente», sin duda por la vida hipócrita y estafadora de muchos monjes que vivían en las ciudades y timaban a las damas.

La vida ejemplar de algunos monjes

Jerónimo hace una crítica devastadora de ciertos monjes, de su avaricia e hipocresía y de sus estafas, pero no se queda en esta crítica. Presenta algunos ejemplos de monjes que practicaban la ascesis. El ejemplo más significativo es el de Pammaquio [27], del que habla Jerónimo frecuentemente en sus cartas y presenta como modelo de monje, que ha abandonado sus fabulosas riquezas para seguir pobre a Cristo. Pammaquio se dedicó con su esposa al ascetismo y fundó en la desembocadura del Tíber, en *Portus Romanus*, un hospital, sin precedentes en la época.

Con cuatro brochazos realistas pinta Jerónimo la oposición entre la vida que llevaba antes y después de dedicarse a la ascesis. Era muy conocido en el Senado. Era el primero. Aventajaba a unos en dignidad (*Ep*., 66,7). El género de vida que llevaba el protagonista antes de dedicarse a la ascesis consistía en ver echar vapor a los grandes platos y cocerse a fuego lento los faisanes, en tener una bolsa repleta de plata y briosos corceles para montar, pajecillos encopetados, vestidos preciosos, tapicerías pintadas (*Ep*., 66, 8). Después de consagrarse al ascetismo, Pammaquio, que era el primero de los patricios que se hizo monje (*Ep*., 66, 13), **[-283→284-]** ha edificado en el puerto romano un albergue para forasteros (*Ep*,. 66, 11), y se dedica a dar de comer a los hambrientos. Anda a pie, viste parda túnica. Se iguala a los pobres. Entra en los tugurios de los desheredados. Se ha convertido en luz de los ciegos, en la mano de los mancos y en los pies de los cojos. Trae el agua a cuestas. Corta la leña. Prepara él mismo fuego (*Ep*., 66, 13). Construye una hostelería (*Ep*., 77, 10), al igual que Jerónimo edificó otra en Belén, junto al monasterio donde fluía una gran muchedumbre de monjes, que agobiaba al asceta de Belén (*Ep*., 66, 14), que se vio obligado a enviar a su hermano Pauliniano a su tierra a vender sus cortijos medio derruidos, que habían escapado al saqueo de los bárbaros.

El ejemplo de la conversión al ascetismo de Pammaquio impresionó tanto a Jerónimo que en carta a Juliano, del año 407, le pone, junto a Paulino de Nola [28], como ejemplo (*Ep*.,

[27] A. H. M. Jones; J. R. Martindale, y J. Morris, *op. cit*., 663.

[28] W. H. C. Frend, «Paulinus of Nola and the Last Century of the Western Empire», *JRS*, 59,469, p. 1 y ss. Sobre el espíritu de los latifundistas en el sur de Galia y en el norte de Hispania, véase: A. Loyen, *Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule aux derniers jours de I'Empire*, París, 1943.1. C. Stevens, *Sidonius Apollinaris and his*

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

118,5). Meropius Pontius Amicius había nacido en Burdigala, capital de Aquitania, alrededor de los años 353 ó 354. Perteneció a una ilustre familia patricia, emparentada con los Amicios. Era también pariente de Melania la Joven. Fue *cónsul suffectus*, gobernador de Campania. Contrajo matrimonio con una rica hispana, de nombre Therescia, que, como él, poseía grandes latifundios en Hispania, de los que se deshizo para consagrarse al ascetismo. La venta de estos *regna Paulini* entristeció a su maestro Ausonio (*Ep*., 28,116), que creía que su discípulo había sufrido un ataque de locura. «En fin, escribe el mismo Paulino (*Ep*. 5,4), para huir de la calumnia, de las molestias de los viajes, del peso de los cargos públicos, de la barahúnda del foro, me retiré al campo y me entregué tranquilamente al servicio de la religión». Estas tierras donde se retiró fueron las que su esposa poseía en Hispania, en las proximidades de *Complutum*, donde nació un niño que sólo vivió ocho días. A partir de esta muerte, la pareja se dedicó al ascetismo. En las Navidades del 394 fue ordenado presbítero en Barcelona. Después se retiró a Nola, en Campania; Jerónimo le dirigió tres cartas.

Buen recuerdo guardó Jerónimo del grupo ascético de Aquileya, como lo indican las cartas y las expresiones dirigidas al grupo de ascetas de esta ciudad, como Bonoso, Heliodoro y Rufino, su futuro mortal enemigo, al que insultaría groseramente por culpa de la cuestión origenista, al que en 375 (*Ep*., 3,1) escribe: «¡con qué abrazo me estrecharía a tu cuello, que besos daría en aquella boca que en otro tiempo erró conmigo o conmigo fue discreta!». A tres amigos del grupo de Aquileya, Florentino, Bonoso y Rufino (*Chron*. 374) les califica Jerónimo de **[-284→285-]** monjes ejemplares. A Florentino, desde el desierto de Calcis dirigirá las cartas 4 y 5, fechadas en 375 y en 355-357, respectivamente. La 6, también del 375, a Juliano, que igualmente perteneció al grupo de clérigos de Aquileya, y la 7 a Cromacio, Jovino y Eusebio, fechada en 375-376, todos clérigos dedicados a la ascesis. Cromacio fue el fundador de una comunidad eclesiástica que alcanzó diversos grados en la jerarquía. Jovino era archidiácono, Eusebio y Juliano diáconos. Niceas, a quien envió la carta 8, subdiácono; Crisacomas, destinatario de la 9, monje laico. Este grupo combinó el cuidado pastoral de los fieles con cierta vida intelectual. Con algunos de éstos mantendrá correspondencia después, como con Heliodoro (*Ep*., 14), a quien escribió para consolarle de la muerte de su sobrino, el obispo Nepociano (*Ep*., 60). Por razones desconocidas Jerónimo abandonó este grupo, donde había pasado días deliciosos y se marchó a Calcis, donde no encajó entre los monjes sirios, de los que guardaría mal recuerdo.

Jerónimo recuerda varios casos de un ascetismo extremo, como el del anacoreta que comía higos al día y vivía dentro de una mina, o el de otro monje, que comía mendrugos de pan y bebió agua sucia durante cuarenta años.

Obispos

Jerónimo fustiga el comportamiento de los monjes y clérigos. En cambio, casi excepcionalmente ataca a los obispos en su correspondencia. En la citada carta 8 (5) arremete contra el obispo Lucilio, de su pueblo natal, al que acusa de avaro.

Age, Oxford, 1933. P. R. L. Brown, Aspects of the Christianization of the Roman Aristocracy, *JRS*, 50, 1961, p. 1 y ss. J. Fontaine, *Études sur la poesie latine tardive*: *D'Ausone à Prudence*, París, 1980. Sobre las aristocracias hispanas y galas: J. Mathews, *Western Aristocraties and Imperial Court. AD. 364-425*, Oxford, 1975. A. Chastagnol, Les Espagnols dans l'aristocratie goubernamentale à l'époque de Théodose», *Les empereurs romains d'Espagne*, París, 1965, p. 269 y ss. K. I. Stroheker, Spanien in spätrömischer Zeit (284-457), *AEspA* 45-47, 1972-1974, p. 587 y ss. Idem, *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien*, Darmstadt, 1970. Sobre la cristianización de la aristocracia; R. V. Khaling, *Die Religionszugehörigkeit der hohen Amtsträger der römischen Dynastie*, Bonn, 1978. E. Griffe, *La Gaule Chretienne à l'époque romaine*, I-III, París, 1964-1966. E. Male, *La fin du paganisme en Gaule et les plus anciennes basiliques chrétiennes*, París, 1950. F. Ela Consolino, *Ascesi e mundanità nella Gallia tardo antica. Studi sulla figure del vescopo nei secoli IV-VI*, *Doinonia* 4, 1979.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Habla muy bien de Exuperio, obispo de Tolosa, que «padece hambre para dar de comer a los demás, y con el rostro pálido por los ayunos, es torturado por el hambre ajena y ha metido toda su hacienda en las entrañas de Cristo» (*Ep*.,125, 20).

Choca esta ausencia de ataque a los obispos por parte de Jerónimo, cuando la vida de gran parte de aquéllos, durante el Bajo Imperio, dejó mucho que desear, por sus disensiones y feroces luchas de unos contra otros (Eus. *HE*, 8,1). Sulpicio Severo (*VM*, 20) pinta con trazos sombríos el proceder de los obispos galos, y su adulación ante el poder civil. El panegirista de Teodosio, el pagano Latamio Pacato Deprenio acusa a los obispos, con motivo de la ejecución de Prisciliano, de bandidos y aun de verdugos, de calumniadores y de montar todo el proceso judicial para apoderarse de los bienes de los condenados. Ya se ha mencionado el juicio tan negativo que da Crisóstomo de los obispos por dedicarse a oficios impropios de su cargo. El juicio de Gregorio Naciaceno es aún más demoledor: «qué desgracia, nos abalanzamos los unos contra los otros y nos devoramos... y siempre bajo el pretexto de la fe, que sirve de tapadera con su nombre venerable a todas las disputas privadas. Nada tiene de extraño, pues, el odio que nos profesan los paganos. Y lo peor es que ni siquiera podemos afirmar que estén equivocados. Eso es lo que hemos merecido por nuestras luchas fraticidas» (*Or*., 2, 79 y ss.). El mejor comentario a estas frases es la propia correspondencia de Jerónimo, que de gran admirador de Orígenes (*Ep*., 33,4-5; 61, 2), pasó a ser su mortal enemigo (*Ep*., 127, 8). La correspondencia da datos de la ferocidad de esta lucha eclesiástica. La pugna origenista entre Epifanio de Salamina y Juan de Jerusalén comenzó por culpa de quien predicaba en la Iglesia del Santo Sepulcro. Juan era un gran defensor de Orígenes. Jerónimo (*Ep*., 61, 2) señaló los errores de Orígenes, que fue condenado por dos puntos que nada tenían que ver con **[-285→286-]** el dogma cristiano, la trasmigración de las almas, que defendieron Pitágoras, Platón y los druidas, y el arrepentimiento del diablo. La condena de Orígenes fue una catástrofe para la Iglesia. Era el mayor intelectual cristiano, anterior a Agustín, hombre cultísimo y uno de los mayores metafísicos de todos los tiempos. Su influjo fue inmenso. A partir de Justiniano su influjo desapareció. Jerónimo tradujo a Orígenes (*Ep*., 61,2; 82,7,124), expurgándolo de sus errores. En época de Jerónimo (*Ep*., 124, 1) las obras del gran alejandrino estaban muy falsificadas. Al *De principiis*, la obra cumbre de Orígenes, que es el primer manual de dogma y el primer sistema de teología cristiana, lo calificó de doctrina ponzoñosa y necia (*Ep*., 127,9). La lectura de Orígenes apasionaba a los mismos amigos de Jerónimo, como a Marcela, a Océano y a Pammaquio y engañaba a muchos (*Ep*., 55,7,1; 83, l). Bajo todas estas disputas teológicas, posiblemente había una lucha de poder y por triquiñuelas personales. Un caso vergonzoso de luchas de obispos o de monjes y obispos, que indica bien el clima espiritual eclesiástico de la época de Jerónimo, es el de Prisciliano, que fue calumniado por obispos, comedores y vividores, conducido a la muerte y antes torturado. En el episcopado se debía haber introducido mucha bazofia, como apuntan Sulpicio Severo, Eusebio y Crisóstomo, pero Jerónimo no toca este tema. Basilio en 372 escribe sobre el particular en carta a los obispos de Galia e Italia, «el temor a las gentes que no temen a Dios les franquea a éstas el camino hacia las dignidades de la Iglesia; así es evidente que la máxima impiedad va a premiarse con el máximo cargo, de manera que los más grandes pecadores van a parecer idóneos para la dignidad episcopal... y los ambiciosos despilfarran el óbolo de los pobres en provecho propio y para regalos... Bajo el pretexto de luchar por la religión se dedicaban a dirimir sus enemistades particulares. Y otros, para que no se les exija responsabilidades por sus delitos, se dedican a fomentar divisiones en los pueblos, de manera que sus crímenes pasen más desapercibidos en medio del desorden general.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los laicos

En carta a Celantio (148, 8; también 122, 1) se queja Jerónimo que hay cristianos que con nombres de cristianos llevan vida de gentiles. En el siglo IV, e incluso antes, grandes masas de cristianos lo eran sólo de nombre. Crisóstomo se pregunta cómo se van a convertirse los paganos: «¿Mediante milagros? Ya no existen. ¿Mediante el ejemplo de nuestras acciones? Están totalmente pervertidas. ¿Con el amor de Dios? De eso no se encuentra ni rastro. Nosotros, que fuimos llamados por Dios para curar a otros, andamos necesitados (*Hom. in Act. apost*. 24. *In* 1 *ep. ad Timoth. Hom.*, 10, 3).

Este mal comportamiento de los cristianos databa de antiguo, pues, un predicador del siglo II se quejó que por el mal ejemplo que dan los cristianos los paganos no se convertían al cristianismo.

Jerónimo pone algunos ejemplos de cristianos laicos de conducta ejemplar, como Nebridio [29], que fue *comes rerum privatarum* entre 382-384 y prefecto de Constantinopla en 386. Jerónimo (*Ep*. 79, 2, 5) traza un cuadro realista de su **[-286→287-]** personalidad. Le llama amigo. Tenía mujer, hijos y mucha servidumbre. «Con espíritu de igual, escribe, entregó parte de lo que le sobraba, a las necesidades de los otros. Nebridio fue criado en palacio y condiscípulo de los Augustos, pero nunca dio motivo de murmuración. No se ensoberbeció. Era amable con todos. Amaba a los príncipes como a hermanos y los respetaba como a señores. Se ganó el afecto de toda la corte. Socorrió a viudas y a huérfanos. Rescató a cautivos. Los casos como éste fueron pocos entre los laicos».

Acusaciones contra Jerónimo

Jerónimo contó con muchos y acérrimos enemigos, debido a su lengua viperina, que no respetó nada ni a nadie. En carta dirigida a un presbítero de Calcis (17,2) se queja de que le acusen de hereje y de impiedad sabeliana. Se le denigraba a fondo, por haber corregido algunos pasos de los evangelios, contra las opiniones de todo el mundo (*Ep*., 27, 1). Ofendía a muchos al censurar los vicios (*Ep*., 40, 2). Se le tildaba de deshonesto, de chaquetero, que lo fue por lo menos referente a Orígenes y Rufino, de lascivo, de embustero, de embaucador, de mago hechicero (*Ep*., 45,26); antes le llamaban santo, humilde y elocuente (*Ep*., 45,3), pero este cambio en su valoración lo achacaba a la envidia. Se le criticaba su moral ante las segundas o terceras nupcias (*Ep*., 49,6), por gentes elocuentes, instruidas y liberales (*Ep*., 49,12). La aristocracia lo calificaba de mago y seductor (*Ep*., 54, 2), sin duda por haberse rodeado de un grupo de mujeres de la más alta nobleza romana, a las que condujo al ascetismo y a dilapidar sus fortunas. Se le acusaba de mujeriego en el año 397 (*Ep*,. 65, 1) en el sentido de preferir estar rodeado de mujeres, que de varones. De lo mismo le acusa Rufino (*Apol*. 2, 7). De esta acusación se defendió Jerónimo mencionando mujeres famosas del *Antiguo Testamento*. Los mismos monjes le atacaban (*Ep*., 54, 5), sin duda por la crítica demoledora que hizo de sus conductas. Se le tenía por falsario, por traducir mal a sabiendas una carta de Epifanio (*Ep*., 57, 1). Jerónimo defendía la tesis de que el traductor tiene libertad de interpretación. Juan de Jerusalén, defensor de Orígenes, acusaba a Jerónimo de grave enfermedad, sin duda espiritual, y posiblemente aludía a la soberbia que siempre demostró el monje de Belén, y de ser rebelde a la Iglesia (*Ep*., 82, 4, 4). En 397, en carta a Teófilo, se defiende de esta acusación y afirma que la carta de Juan es «un cúmulo de injurias contra él» (*Ep*., 82, 6). Juan había enviado a Teófilo, patriarca de Alejandría, un informe sobre sus roces con el grupo de Belén, que coincidía con la investigación oficial, hecha por Isidoro, presbítero alejandrino, mandado por Teófilo.

[29] A. Chastagnol, *Les espagnols*, 286.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El presbítero Sabiniano propalaba los vicios de Jerónimo (*Ep*., 147, 9). Hasta el África llegaban escritos contra Jerónimo, según le informa Agustín en carta fechada en 404 (*Ep*. 110, 6). Todas estas acusaciones indican bien el clima de delación, calumnias y mentiras, exageración, falseamiento de la verdad, y de luchas intestinas enconadas de la época. También debió contribuir a ello mucho el carácter soberbio, pendenciero y crítico de Jerónimo, que tuvo que abandonar de mala manera Aquileya, Roma y Caléis.

Jerónimo se comportaba lo mismo con sus supuestos enemigos, como hizo con su antiguo y entrañable amigo Rufino. El caso de la condena de Orígenes es el más **[-287→288-]** vergonzoso, inicuo y funesto de la Iglesia antigua. Este se defendió hacia el año 400, dando un juicio demoledor contra el tratado sobre la virginidad, que Jerónimo dedicó a Eustoquia, tratado, que según indica el propio Jerónimo, desde Belén, en carta a Nepociano, sobrino de Heliodoro (*Ep*., 32, 17), había sido apedreado en Roma. *Libellum quendam*, escribe Rufino, *de conseruanda uirginitate Romae positus scripsit, quem libellum omnes pagani et inimici Dei apostatae persecutores et quicumque sunt, qui Christianum nomen odio habent, certatim sibi describebant, pro eo quod omnem ibi Christianorum ordinem, omnem gradum, omnem professionem, uniuersamque pariter foedissimis exprobrationibus infamauit ecclesiam*; *et ea crimina gentiles falso in nos conferre putabantur, iste uera esse, immo multo peiora a nostris fieri, quam illi criminabantur adseruit*. Paladio, en su *Historia Lausiaca*, obra redactada entre 419-420, cree que el influjo de Jerónimo sobre su discípula Paula fue negativo.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia